

# LA PRUEBA DEL NUEVE

Victoria Trigo Bello- PRIMER PREMIO



No habrá viaje  
sin billete para la aventura  
ni mochila para el azar.  
No habrá viaje si vas  
pero te olvidas de ir

Orense, nueve del nueve del nueve. Nueve de la mañana. Llevo escrita en la cara la noche de tren. El tren, un piano de hierro. La mochila en mi espalda, el estómago sin hallar hora ni lugar que le interese para desayunar. Las piernas perezosas, imantadas al duermevela de los paisajes de ventanilla que he visto amanecer. Ya he memorizado la información para salir de la ciudad, sin dejarme prender del encanto de sus piedras y sus termas. Las piedras y las termas existieron el año pasado, cuando él estaba conmigo. Ahora viajo sola para escapar. Escapar de nueve años. En cinco días llegaré a Santiago. En cuatro más, a la Costa da Morte. Nueve etapas. Tengo que ir a la izquierda de la estación. Subir una escalera, siempre de muchos peldaños para al inicio de una jornada. Cruzar sobre un puente que deja atrás la ciudad. Por fin una flecha amarilla, casi oculta entre maleza. Una calle secundaria -muy secundaria-, con locales que van de lo precario a lo suburbial. Y comienza una ascensión que me despierta del todo mientras el sudor me confirma que sobran kilos de porsiacasos en la mochila. El sol se pega a mi frente en la sucesión de curvas que van ganando la batalla a la pendiente. No sé por qué, me acuerdo del tren que me ha conducido hasta Orense desde Zaragoza. Un tren-hotel que nace cada tarde en Barcelona para desembocar en Vigo. Me detengo para tomar algo de fruta y unas almendras. Leo algunas líneas escritas al amor de la nocturnidad ferroviaria: El tren está de tormenta y se lleva mal con los carriles. La soledad pesa mucho y los poemas se asustan. Quisiera escribir en tu tacto, decir tu nombre y dibujar tu rostro al pronunciarlo. Quisiera que no fuera tan grande esta cabina sin ti.

Hace mucho calor cuando llego al albergue de Cea. El corazón de ámbar que llevo al cuello se me antoja una brasa. Me lo regaló muy al principio de lo nuestro. Es lo único que conservo de él. Una ducha, una lata de sardinas, lavar la ropa, reposar. Luego, cena con pan de miga morena, manjar ideal para acompañar una ración de pulpo.

A la mañana siguiente, hacia Castro-Dozón, hilando núcleos con más hórreos que vecinos, resurgen todas las etapas que hicimos juntos desde Sevilla, todos los pueblos, todos los momentos. Resurgen las dehesas, la sed profunda, los bares al mediodía y sus manantiales de cerveza con gaseosa. Resurgen los dolores de hombros, la pereza, el cansancio. Resurgen los soles y las sombras. Todo resurge en vano con tu ausencia. Y conforme se disipa esa niebla de meigas vuelven los paisajes del pasado, los irrepetibles. Han vuelto para pedir que camines por ellos. Han vuelto los silencios de decirnos nuestros para siempre, muchísimo, yo también, las miradas, los senderos. Han vuelto, pero aquí estoy yo sola, con este latido amarillo en mi pecho que se acurruca ante la grandiosidad de Oseira. Y luego las aldeas diminutas, alguna con nombre tan largo que casi se diluye en la calle única: Carballadina. Y una fuente con un jarro para el caminante. Y me gustaría trenzar el agua, hacer un marco de aire para este segundo, guardar las piedras que acogen mi huella invisible y construir con ellas un edén que no te añore. Pero si eso ocurriera, quizás no fuera yo quien pisara pasado mañana la plaza del Obradoiro. Quizás fuera una mujer sin lágrimas, sin besos dados ni recibidos. Quizás entonces el corazón no fuera de ámbar sino de hierro.

Sin embargo, cuando llego a Santiago las vieiras doradas del suelo me dicen que se aproxima el momento de ver el paraíso sin ansiar compartirlo, ese momento de levar anclas y entender mis pasos sin los tuyos. Quizás se aproxime el momento de asumir no hay camino de regreso.

A partir de Olveiroa, la travesía reclama océano. La mochila es un duende marino a mi espalda. La certeza golpea con insistencia: fuiste mentira, pero fuiste. Perdonarte es una alfombra que alivia la fragua de mis botas. Allá abajo el verde se convierte en azul efímero. Quizás llueva. El gris gana terreno. Alguien me hace una fotografía. Me siento una ermitaña de interior con pasaje para un escenario de algas y redes. Corcubión es un yunque donde martillea un aguacero. Mi capa pluvial me convierte en una jorobada de plástico. Pero cuando llego a Fisterra, el sol triunfa y con él mi expectativa de ir por la tarde al faro, a buscar mi fin del mundo.

Y es cierto que allí termina el mundo. Termina cada día para gestar su reiterada resurrección. Para que llegue lo nuevo, ha de morir lo viejo. Y en ese incendio de olas doradas donde se zambulle el ojo solar, arranco hojas de mi agenda, tacho números de teléfono y hago mi prueba del nueve. Sí, es correcta la operación realizada para desplegar las alas y recuperar al cisne.

El corazón de ámbar se ha liberado de su cordel y se ha perdido en el acantilado.